

FINLANDIA, otra visión

por Víctor M. González González Linares
Ingeniero Técnico Forestal. Profesor T. U.P.M., trabajó varios años en
Finlandia, tanto en labores de investigación como en diversas empresas.
Es también diplomado en Lengua y Cultura Finesa

En el Kalevala, gran poema épico finlandés, se cuenta la creación del mundo a partir de un ave cuyo huevo se rompe en varios trozos. Uno de ellos origina el mar, otro la tierra, un tercero el cielo. Del mar surge el primer hombre, el sabio llamado Vainamoinnen quien tras llegar a la orilla y ver el árido paisaje que ésta presenta toma su primera medida: pide que se planten árboles. Como en un magnífico tratado de ciencia forestal, indica qué árboles se debe poner en los llanos, cita las especies que ocuparán un lugar en las cumbres y cuáles se asentarán en la ribera de los ríos. Sólo después de esto afronta la necesidad de cultivar grano para alimentación, pero recomendando que se deje al menos un abedul en el campo de labor para que el águila pueda encontrar nido.

Sin duda la realidad de la Finlandia de hoy contentaría a Vainamoinnen. El viajero que la recorre por primera vez se lleva en la retina la impresión de un continuo mar de árboles extendido en todas direcciones. Salpicado por lagos con aburrida periodi-

cidad, llega a hacerse monótono en su belleza. A veces acompañan piceas cubriendo los suelos más fértiles. Otras, pinos que han oído el mandato kalevaliano y se han asentado en terrenos graníticos. Los abedules aparecen haciendo notar su avidez por la luz en aquellos terrenos que presentan falta de cubierta arbórea. Todo parece igual. Sin embargo, si se repite la visita y se observa con más atención, la homogeneidad se rompe en pedazos. Finlandia no es igual en todas direcciones y no sólo geográficamente hay importantes variaciones. Las diferencias son muchas y en ellas radica el mayor atractivo de este país.

En primer lugar, los finlandeses no sólo hablan finés sino que una parte de ellos se expresa en sueco, es decir, unos son fineses (finlandeses de habla finesa) y otros sueco - finlandeses. No acaba ahí la cosa. Una tercera opción es ser de habla lapona. Los suecos tienen en común con los lapones el ser una minoría en el país. Los lapones tienen en común con los fineses el no saber con mucha certeza de donde proviene Su

idioma y su cultura. Dentro de lo razonable en una democracia tan consolidada como la de Finlandia, los suecos y los lapones se sienten amenazados por la mayoría dominante, y ven decrecer el número de hablantes de sus lenguas poco a poco. En esto han tomado el relevo de los fineses, cuyo idioma estuvo relegado durante los seiscientos años de dominación sueca y los cien de anexión a Rusia. De hecho, el primer texto escrito en finés, el abecedario de M. Agricola, es de sólo hace quinientos años. Desde que los suecos hicieron su primera cruzada a



mediados del siglo XIII para dominar la actual Finlandia, el idioma administrativo, culto y dominante fue el sueco. No estaba bien visto hablar finés, y además limitaba las expectativas de progresión social.

Los rusos no cambiaron demasiado las cosas en esto, aunque la permeabilidad de los finlandeses al idioma del imperio del este fue menor a la que habían tenido ante el sueco. El ruso no se extendió mucho. Angel Ganivet, que fue cónsul español en Helsinki y Riga durante esta época, da una pincelada de la situación en su obra «Cartas

Finlandesas»: «Finlandia es una casa en cuyo primer piso se habla ruso, en el segundo y principal sueco y en el sótano finés». El control de los suecos había durado tanto que los cuadros dirigentes y económicamente poderosos respondían a esa cultura. Los rusos se limitaron a tratar de dirigir el país, transformándolo en Ducado y dotándolo de algo trascendental para el futuro: una cámara política autónoma. Pero en cuanto a la lengua no cambió la situación. No era de extrañar, en cualquier caso, ya que en la Corte del Zar se hablaba en francés, dándose a veces las instrucciones en este idioma al Gobernador de Finlandia que durante mucho tiempo fue alemán, quien las transmitía a la administración de habla sueca para que las cumplieran los finoparlantes. Complicado panorama para éstos. Y eso que ya estaban hechos a las complicaciones. Sin ir más lejos, el origen urálico del finés y su sorprendente identidad con el húngaro desarmó durante mucho tiempo a los estudiosos de la etimología. Por fin pudo ser demostrado y se convirtió en uno de los grandes avances de la lingüística. Aún así, todavía muchos finlandeses mantienen la veracidad del chiste que explica la asombrosa comunión con el húngaro diciendo que cuando venían sus ancestros comunes desde los Urales a través del este de Europa, hace milenios, llegaron a un cruce donde indicaba: «es peligroso

quedarse aquí». Los que no sabían leer dieron origen a los húngaros. Obviamente cuando éstos cuentan el chiste el letrero cambia de texto.

A pesar de este complejo panorama, los finlandeses han sabido crear una buena base de convivencia lingüística. En los primeros años de este siglo se dieron algunas «guerras de idioma», afortunadamente poco o nada sangrientas, pero hoy el rompecabezas está pacíficamente encajado. Los suecoparlantes tienen derecho a estudiar en su lengua tanto en el colegio como en

la universidad. Suelen hacer el Servicio Militar en regimientos de habla sueca. Para los trámites burocráticos oficiales les acoge el derecho de emplear su lengua. Hasta hace poco, además, sus compatriotas fineses estudiaban sueco desde niños de forma obligatoria como segundo idioma en todo el país. Los nombres de las calles, los productos comercializados y los letreros en transportes u organismos públicos deben llevar textos en ambos idiomas. No hay demasiados problemas a excepción de las mínimas grescas originadas en algún parque o en la cola del autobús a altas horas de la madrugada, donde hablar en sueco puede ser poco recomendable.

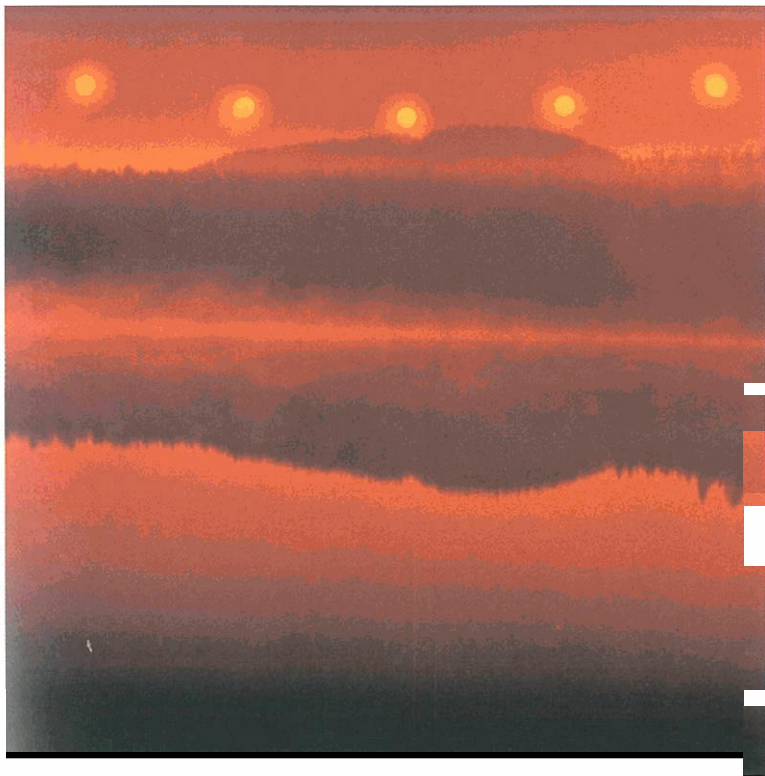
Por supuesto, las dotaciones presupuestarias para mantener las tradiciones culturales de la minoría no son todo lo amplias que sería de desear, pero desde hace tiempo el Partido Suecofinés form parte de las sucesivas coaliciones gobernantes lo que permite cierta confianza en el respeto a los derechos adquiridos. En cualquier caso no hay que confundirse: los suecoparlantes se consideran finlandeses. Y si no se cree, véase el ejemplo de las islas Aland, paradisíaco archipiélago a medio camino entre Finlandia y Suecia. Sus habitantes tienen Autonomía en política, no cumplen el servicio militar, está prohibido por ley que los finlandeses del continente compren terrenos en las Islas, y por supuesto hablan sueco. La mayoría de sus jóvenes se van a estudiar a Estocolmo y no a Helsinki. Aún así, cuando se dudó de su pertenencia a Suecia o a Finlandia, se limitaron a aceptar un arbitraje de las Naciones Unidas que los declaró finlandeses. Lo siguen siendo sin mayor problema.

Con los Lapones la cosa no es tan envidiable. El carácter nómada de su forma de vida los ha adscrito a varias nacionalidades: rusos, suecos, noruegos y finlandeses. Para estos últimos, existe una incipiente autonomía política, aunque la región administrativa que los abarca supera en mucho su territorio real. Quedan así imbuídos en un

amplio saco donde hay un fuerte peso de los finlandeses del Centro. Quizá sea comprensible la sensación del lapón que, según un chascarrillo popular, tuvo que acudir a la distante Helsinki situada a 1000 km de su hogar para un trámite burocrático, y tras recorrer parte del camino en trineo tirado por reños alcanzó un todoterreno. Con él llegó a la estación de autobuses desde la que un vehículo le llevo al tren. Después de una noche de viaje arribó a la capital, solucionó sus problemas y regresó por idéntico itinerario. Cuando su mujer le preguntó por Helsinki contestó: es bonita, pero queda algo desviada del camino.

Visto el perfil idiomático, es bueno aproximarse al humano, ya que en él se da una segunda diferencia básica. Los finlandeses piensan, viven y se comportan periódicamente como ciudadanos urbanos y como ciudadanos rurales. La alternativa se explica por su mimetismo con el terreno. En general, y salvo las ocasiones, por cierto numerosas, en que el alcohol hace estragos en sus organismos (dicho con menos eufemismos, cuando están borrachos como cubas), los finlandeses tienen terror a vencer su innata timidez y destacarse de su entorno. Por tanto, en la principal área urbana del país (el complejo Helsinki-Vaasa-Espoo) son grises, silenciosos, se desplazan con rapidez y se dedican fundamentalmente a trabajar en exceso. Cuando buscan diversión, acuden a locales como los de cualquier otra zona urbana del mundo con música moderna ensordecedora para los jóvenes y restaurantes con baile para los más mayores. Poco destacable en general, ya que Helsinki no sólo no es Nueva York sino que ni siquiera es Estocolmo. El clima además no favorece mucho la vida social en la calle, por lo que se explica la tendencia a beber en aislamiento. Angel Ganivet cuenta que en su época ya había: un servicio municipal consistente en un carro tirado por caballos que recorría Helsinki recogiendo borrachos. Aunque hoy no lo hay, podría amortizarse con celeridad.

Todo cambia cuando el finlandés se traslada al campo, algo que hace con envidiable frecuencia. De nuevo el mimetismo antes mencionado sirve para explicar el fenómeno: se vuelven verdes o azules. Es decir, que se integran de maravilla en el bosque o en el lago. Lo recorren en todas direcciones aprovechando la maravillosa circunstancia de que nadie pone vallas para indicar sus posesiones. Aunque alguien quisiera no podría hacerlo por ser una tradición en el acervo legislativo finlandés. Se tiene derecho a transitar libremente e incluso a recoger setas o arándanos de cualquier



terreno. Lo hacen con profusión. Una de las teorías sobre el nombre del país, Suomi, lo relaciona con la palabra «Suo» que significa pantano. Por todos lados aflora agua al adentrarse en el monte, pero esto nunca afecta en lo más mínimo la habilidad de sus habitantes para recorrerlo. Tampoco la falta de zonas elevadas les desorienta. Desde pequeños en los colegios aprenden «suunnistuu», es decir orientación. Donde un forastero, incluso alguien acostumbrado a desenvolverse por el bosque, sólo ve árboles,

ellos identifican perfectamente direcciones y recorridos. Al igual que Lemminkainen, un personaje del Kalevala que atraviesa el bosque desorientando a sus perseguidores y supera con éxito tormentas de nieve, ventiscas y noches de frío glacial, los finlandeses encuentran en el monte un medio natural favorable y propicio. En él están en casa. Y en él se la construyen.

La guinda del pastel la pone precisamente esa casa, el «kesämöki», su cabaña para pasar las vacaciones o los fines de semana. En general suele ser una sencilla construcción de madera, práctica y bonita, donde se busca por cualquier medio carecer de todo. Es decir, a ser posible carecer de luz, agua o gas, y por supuesto radio o televisión. Y fundamentalmente carecer de vecinos. Un chiste dice que cuando un finlandés ve que en un mismo día pasan dos barcas por el lago de enfrente, empieza a pensar en irse a otro lado por ser una zona congestionada. Muchas veces deja de ser un chiste. El aislamiento es fundamental y los finlandeses lo defienden con uñas y dientes.

Sin embargo, ese aislamiento puede romperse. Las formas de hacerlo en las comunidades rurales está determinada con precisión por siglos de práctica. Si se pregunta a finlandeses de mediana edad cómo conocieron a sus parejas, o cómo se encontraron sus padres, la respuesta más común señala la responsabilidad del baile. Los finlandeses son infatigables bailarines. Su dominio de la danza incluso en las zonas remotas dejaría boquiabierto a más de un consumado bailarín moderno de bailes de salón. Cualquier aldeano sabe desde niño los pasos del vals, de la yenka, y sobre todo del tango. Los bailan con ritmo y acierto, aunque eso sí, sólo de dos en dos piezas. Nunca he llegado a conocer la explicación, pero lo habitual es que al sacar o

ser sacado a bailar se de por supuesto que tras el segundo baile cada uno volverá a su lugar, aunque quien haya realizado la invitación debe acompañar de la mano a su pareja hasta la mesa, separarle la silla y darle las gracias para luego irse. El hecho de que la persona elegida esté acompañada no sólo no modifica este hábito, sino que lo refuerza. Cualquiera novio finlandés saltará hecho una furia si ve que su amada no es devuelta de la mano hasta la mesa, y lo considerará una descortesía. La recíproca no es menos cierta, ya que en Finlandia, como en otros países de la zona, existe la costumbre de destinar en los locales públicos un día para «naistentanssit», es decir, baile de damas: las mujeres sacan a los caballeros a danzar los dos bailes de rigor. Al ser solicitado, lo correcto es decir siempre sí, al igual que ellas hacen. En sitios pequeños el que alguien se niegue a bailar incluso con un forastero levanta murmullos de clara desaprobación. Mala educación sin matices. Por supuesto, en Helsinki el cambio es radical.

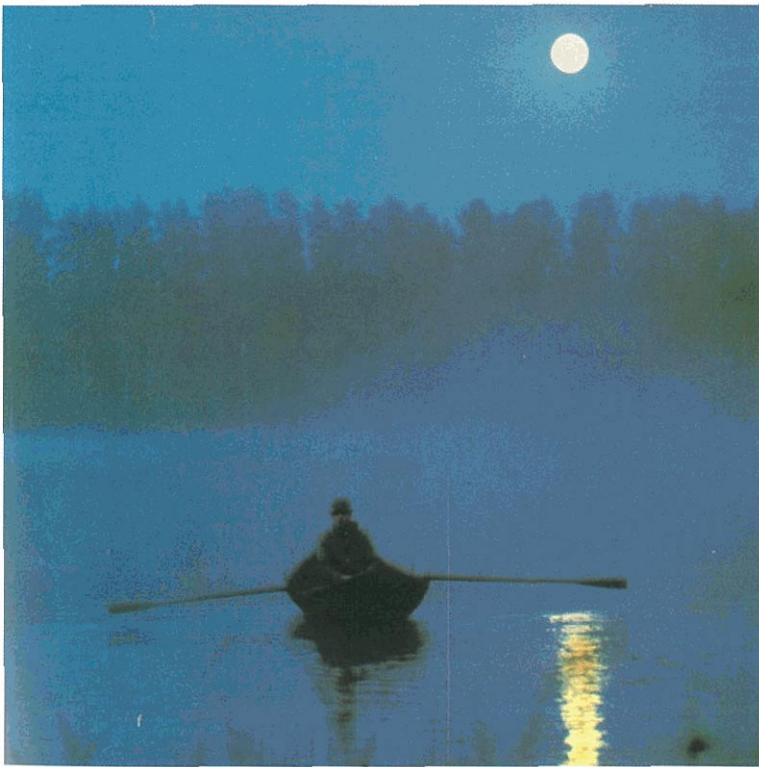
Y las diferencias no sólo se dan entre campo y ciudad. También entre las zonas del país se aprecian cambios en las personas y en las costumbres. Aunque toda generalización es sabido que implica falsedades, puede decirse que cuanto más al Norte y más al Este se acerca uno, algo más abierta es la gente. Aún así, que nadie piense que es como para tirar cohetes el encontrarse en el Norte de Karelia, ni que la gente va a parar a los extranjeros en la calle para charlar con ellos. La ya mencionada timidez siempre domina. Un refrán señala que el que haya dos idiomas constitucionalmente oficiales en el país sólo significa que los finlandeses son capaces de estar en silencio en dos lenguas. Pero como aproximación, sí es cierto que los Karelianos, vecinos de los rusos, son algo más dados a entablar contacto que los habitantes de Ostrobotnia, en el oeste del país. Además son más morenos de pelo y tez, y su región presenta más colinas que otras, aún dentro del relieve suave habitual. Hay más colores en el bosque: más

abedules, más alisos, más serbales. Los terrenos son más pobres. Los habitantes también. Incluso hoy tienen mayores cifras de paro y el Estado es su principal empresario. Cuando Elias Lonnrot decidió buscar los orígenes de la aún inexistente nación se dirigió a ellos, recorrió a pie sus intrincados senderos y entrevistó a los ancianos para oír de sus labios cómo se había sobrevivido en un territorio tan difícil. La recopilación de esos cuentos ancestrales es el Kalevala, sabiamente puesto en forma métrica por Lonnrot. Su identificación con lo finlandés surge de ahí.

No son los únicos finlandeses, sin embargo. Cuando llegaron los suecos, habitaban el territorio varias tribus. Algunos, como los Häme, parece ser que realizaban sacrificios humanos. De hecho, en Aulanko existe una isla donde se conservan algunos altares para tal fin. Su antigua zona de influencia se caracteriza por la mayor presencia de lagos en un país que ya de por sí tiene muchos. Otros como los Savo habían sido receptivos a algunas influencias llegadas del este, teniendo perfiles lógicos de regiones fronterizas. En cambio los pobladores de Satakunta, la región por donde llegaron los vecinos en su conquista, eran más altos y rubios, y relativamente permeables a la invasión. Son los granjeros más ricos, junto con sus vecinos septentrionales de Ostrobotnia. El relieve es llano, los ríos corren despacio. Hoy tienen fama de no tener sentido del humor, pero ya entonces algunos de sus miembros presentaban esa característica: la leyenda dice que cuando una partida sueca abandonó una granja tras despojarla de alimentos, el dueño se dedicó a perseguir a pie a los invasores durante largo tiempo. No podía dejar algo así impune, por lo que al alcanzarlos mató al jefe: casualmente era el Obispo designado por el Rey sueco para cristianizar a los bárbaros finlandeses.

En aquel tiempo, por cierto, los lapones ya habían ocupado el norte del país con sus rebaños. Se mante-

nían tan independientes y aislados como ahora, pero parece que ya tenían la buena costumbre de ser amables y hospitalarios. Algo que no han perdido hoy. Lo que no existía era Helsinki, que apareció después para ser una pequeña aldea. Su actual capitalidad fue una invención de los rusos, que querían aproximar el centro de decisiones del país a su frontera. Sustituyeron Turku, capital durante la dominación sueca, por ese pequeño pueblo de pescadores. Los alrededores de Turku, y las preciosas zonas de Ekenos y Hanko, con importantes masas de robles y tilos, fueron perdiendo peso ante la



nueva urbe y vieron desaparecer a parte de sus pobladores, cortesanos y administradores.

Hay por tanto algunas diferencias en Finlandia. Pero aunque ya he dicho que ahí radica su atractivo mayor, no quiero dejar de destacar tres factores comunes a todos sus habitantes, sean de donde sean y hablen la lengua que hablen: una es el sentimiento de nación, algo que puede notarse con sólo observar a un finlandés escuchando música de Sibelius, mirando un cuadro de Gallen Kallela o leyendo los libros de

Vainno Linna o los poemas de Runeberg. Otra es la sauna. Jamás he encontrado un finlandés a quien no le gustara la sauna. Pero tomada correctamente, lejos de connotaciones modernas. No hay que olvidar que antiguamente los finlandeses nacían en la sauna por ser el lugar más adecuado de la casa, con calor y agua. Un refrán dice: «compórtate en la sauna como en la iglesia». Durante mucho tiempo no se permitía que se tuvieran conversaciones mundanas en ella, ni que se blasfemara dentro. Hoy en día es un lugar menos estricto pero donde aún se mantiene un comportamiento especial. Hay cinco millones de finlandeses y más de un millón de saunas. Incluso los bloques de pisos tienen una compartida por los vecinos, aunque generalmente con turnos distintos. La sauna es el deporte nacional con diferencia.

El último factor común de Finlandia es el que mencionaba

Vainnamonnen en el Kalevala. El árbol, el bosque, la naturaleza y su disfrute. Finlandia cuida el bosque y vive de él. Ha sabido aunar producción y conservación. El país nace en 1917 y sólo 20 años después ya tiene un Ingeniero Forestal como Primer Ministro. Desde siempre ha tenido política forestal, primero creada por sus habitantes y luego por sus legisladores. Una de sus normas de hace cien años, la llamada «Lex Pulkkinen», todavía es estudiada en la mayoría de las Escuelas Forestales del Mundo por su acierto. Y todo sin grandes estridencias ni palabras rimbombantes. De hecho, el Diploma que se entrega a los forestales tras su paso por la Universidad no los define como Ingenieros, ni Licenciados, ni ningún término similar. Tan sólo indica que han superado los estudios para llegar a ser «Metsänhoitaja»: «el que cuida el monte,..». El cómo lo hacen y cuál es la realidad forestal del país es lo que se recoge en buena medida en este número de AITIM.